

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

De los ricos avaros.

Entre las grandes miserias que el Sábio había visto debajo del sol, hay una que en este siglo sensualista y metalizado consume la vida moral, y hace morir con muerte inevitable á gran número de almas. Esta miseria pésima, como la llama Salomon, es la avaricia; pero la avaricia en una de sus mas tristes y desatinadas manifestaciones, la avaricia consistente en congregar riquezas en daño y para desdicha de su señor. *Est alia infirmitas pessima quam vidi sub Sole, divitiæ congregatæ in damnum domini sui* (1).

No se hartan sus ojos de contemplar el oro, ni medita de co-razon, diciendo: ¿Para quién tra-

bajo, y privo á mis ojos del sueño, á mi cuerpo del descanso, y á mi alma de todos sus bienes? *¿Cui laboro, et fraudo animam meam bonis* (1)?

Esclavos son de sus riquezas los avaros, y por no desminuir- las, se privan de legítimos goces, y hasta imponen á su familia sacrificios intolerables, obligándola á vivir en la estrechez mas deplorable y en el aislamiento mas triste y ridículo, natural consecuencia de la dureza de corazon y de la tiranía que la avaricia, mas opresora que todas las pasiones, ejerce sobre sus víctimas y sobre los que á su lado y bajo su dependencia viven.

Hay una especie de ateismo en este pecado capital porque está

1 Ecclé., V.

1 Ibid; IV.

escrito: *Servir á las riquezas, es negar á Dios* (1).

Y además la avaricia es servidumbre de ídolos, porque el avaro no tiene mas dios que el dinero. El dinero es su señor, en el dinero pone su pensamiento, su inteligencia y su corazón. *Ubi enim thesaurus tuus, ibi enim erit et cor tuum*. Con razón dice el Sábio que no hay hombre mas degradado ni mas inicuo que el avaro.

Avaro nihil est scelestius (2). De un avaro mirable dijo el filósofo Bias esta sentencia: ¿Pensais que este hombre posee riquezas? Pensad mas bien que el oro es el amo, y él su envilecido esclavo.

Non hic possidet opes, sed et opes eum. S. Gerónimo (3) decia que el avaro en medio de sus riquezas carece de todo: le falta lo que tiene, tanto como lo que no tiene.

Avaro deest tan quod habet quam quod non habet. El fuego de la avaricia que arde en su pecho parece al fuego natural que arde mas y levanta mayores llamas cuanto mas combustible se arroja en la hoguera. Por eso dice Juvénal que el amor del oro crece en el corazón del avaro á medida que se acrecientan sus

tesoros. Y Horacio reprobando la sed inextinguible que atormenta al avaro, le dice: A medida que atesoras, crece tu deseo, y cuanto mas tienes, mas pides. *Quanto plura parasti, tanto plura petis* (1).

Semejante al hidrópico, dice Casiodoro, el avaro cuanto mas amontona, tanto mas se aumenta la sed de oro (2). Y cuenta que los avaros componen la mayoría de los hombres de este siglo humanitario. La prodigalidad y la avaricia son las dos llagas de la sociedad moderna. Se peca hoy contra la caridad, contra la templanza y la largueza por exceso y por defecto. Trataremos en otro artículo de la prodigalidad, y pondremos de relieve los estragos que causa en las costumbres públicas, en los hogares, y en las relaciones sociales.

Hoy nos ocupamos en la ingrata y penosa tarea de sondear la llaga de la avaricia de la cual ha brotado esa lepra del pauperismo que consume y deforma el cuerpo de la sociedad moderna. La sed del oro ha invadido todas las clases sociales, y como nadie está contento con su posición, y todos quieren ser y tener, lucir y

1 Glosa super Matth. VI.

2 Eccle., X.

3 In prólogo principii Biblie.

1 In Epistolis.

2 In Epistolis.

gozar, surge del seno de tantos corazones dominados por la envidia y la ambición, primero un grito blasfemo contra el orden providencial y luego un grito de guerra lanzado por los que no tienen contra los que tienen, y á cada paso surge un conflicto y de cada conflicto sale una revolución, y de cada revolución una catástrofe horrenda que siembra por todas partes, en medio de una sociedadpreciada de culta, el espanto y la desolación. ¿Quién ha hecho todo lo que vemos? ¿Por dónde hemos llegado á los abismos de la barbarie en que de continuo se precipita la moderna sociedad? La avaricia como doctrina, la avaricia como principio, la avaricia como sistema filosófico, la filosofía utilitaria como regla de conducta, el oro como medio y el sensualismo, esto es, el goce material como fin último: he aquí el evangelio de los nuevos civilizados, he aquí la causa generadora de los males que deploramos, y el camino fatal por donde hemos venido á caer en esta barbarie culta, mil veces mas abominable que la barbarie antigua, desterrada del mundo por la moral santa y purísima del Evangelio.

Pues no hay salud así para los individuos como para las socie-

dades sino dentro de la Iglesia católica que tiene en depósito la única medicina, dotada de virtud maravillosa é infalible para curar las llagas individuales y sociales. La avaricia no se cura sino con la fé viva en Jesucristo, raíz de la justificación, y tallo fecundo de donde brotan las flores de todas las virtudes y entre ellas la caridad. Sirviendo á Jesucristo con la inteligencia, el corazón y las obras y no á Mamón, al demonio de la avaricia, se alcanzan dichas temporales y eternas.

Z. M.

La fisiología y el Génesis.

La fisiología es la ciencia de los vivientes. Hay fisiólogos que están de acuerdo con Moisés en los tres puntos fundamentales de la ciencia fisiológica que son: el punto de partida de la vida, el objeto de la vida, y el desarrollo de la vida.

La fisiología cristiana afirma con Moisés el origen divino de la vida, ó sea la *creación ex nihilo* de los vivientes y defiende la teoría de las causas finales, así como la unidad, y permanencia de las especies en su prodigiosa variedad.

Contra la primera afirmación de la fisiología cristiana se ha le-

vantado el naturalismo, oponiendo la teoría anticristiana de la llamada *generacion espontánea*.

¿Qué es *generacion espontánea*?

A decirlo con los propugnadores de esta flamante, irracional y ridícula teoría, es cierta fuerza oculta de la naturaleza que produce por sí misma y espontáneamente, en determinadas épocas, todos los fenómenos de la vida orgánica en el reino vegetal, en el animal, y hasta en el humano.

¿Cómo explican esta ley universal de la vida? Tómese, dicen, un frasco de agua clara, póngase á la luz, y al cabo de algun tiempo ya se descubre la señal de la vida que vegeta y la señal de la vida que se mueve. Es inútil someter á la misma prueba á todo el reino animal y vegetal; pero ¿quién en adelante negará que ese frasco que lleva en sí la vida no demuestra él solo la ley universal y evidente de las generaciones espontáneas?

¿Qué dice la verdadera ciencia de acuerdo con las revelaciones mosaicas? Que todo ser viviente es reproducido por su semejante. El león ha sido engendrado por el león, el elefante por un elefante, la hormiga por una hormiga.

Desafiamos á todos los sábios incrédulos á que nos presenten un solo viviente salido de la ge-

neracion espontánea, un solo animal sin progenitores.

Todos los seres vivientes han sido creados de la nada y recibido del acto creador la facultad de reproducirse.—Y dijo Dios: que produzca la tierra plantas, árboles y flores. Y dijo Dios: que produzcan las aguas peces y la tierra animales. Tal es el principio de la vida. Y entre todas las creaciones que salen de la nada por la palabra de Dios, descuella la creacion del hombre por la intervencion mas solemne y marcada de la accion divina. Y dijo Dios: *Hagámos al hombre á nuestra imagen y semejanza*; y aparece el hombre, sublime epílogo de las creaciones que le han precedido, último en la duracion, en la perfeccion del primero. Tal es el punto de partida en la vida.

¿Qué dice ó como explica la falsa fisiología el desarrollo de la vida? En su loco empeño de contradecir á Moisés y al dogma católico, inventó *la trasmutacion de las especies*.

¿Cómo explican el desarrollo de la vida? Dicen que todos los seres vivientes proceden unos de otros por una única derivacion y continuo progreso; que todos se han ido extendiendo en una línea única y ascendente de lo simple á lo compuesto, del mineral al

vegetal, del vegetal al animal, y del animal al hombre. De modo que no hubo mas que un boceto del cual proceden todas las estructuras, un protoorganismo del cual proceden todos los organismos, una sola especie de la cual proceden todas las especies.

¿Cómo se llama el error moderno que defiende la trasmisión de las especies? Llámase el *Transformismo*, ó *Darwinismo*.

¿Qué se proponen los discípulos de *Darwin* con la teoría del *Transformismo*?

Echar abajo la Geogonia de Moisés, negar la creación *ex nihilo*, y sustituir al dogma católico con el *antogénesis* del mundo.

¿Cuál es la conclusión principal del *Transformismo*? Que las especies son trasmutables.

¿Qué enseña la experiencia acerca de este punto fisiológico? Enseña que la especie varía, pero que no cambia; que su elasticidad es limitada, pero no indefinida.

No probará la ciencia atea el tránsito de un organismo á otro organismo, ni la transformación de una especie en otra especie. La observación y la experiencia ofrecen á nuestra vista en el desarrollo de la vida un paralelismo de líneas múltiples, distintas y permanentes; las especies que

hoy existen, existieron en los tiempos mas remotos de la historia humana sin que los siglos y las leyes fisico-químicas invocadas por el *Transformismo* hayan podido imprimir en ellas el menor cambio. La Paleontología nos enseña que una multitud de familias caracterizadas aparecen en la escala zoológica sin ser precedidas de tipos precursores (1). Desde las épocas mas remotas, los tipos genéricos y específicos son tan caracterizados y tan distintos como los de nuestros dias (2).

Desde luego hay especies que han desaparecido, como lo demuestran los fósiles hallados en las vastas necrópolis del mundo geológico, donde se ha descubierto la existencia de especies desconocidas enteramente en la superficie de la tierra; pero criadas las especies, fijas quedan y perfectas; perecen, mueren, sí; pero transformarse, no se transforman. Así se expresan los mas ilustres interpretes de la ciencia fisiológica.

El tercer punto que con los otros dos comprende la fisiología general, y que ha merecido los embates de la impiedad [moder-

1 P. Monsabré, Conferencias;

2 Contejean, Geología y Paleontología.

na, versa sobre el objeto inmediato de la vida.

Es doctrina tan racional como cristiana que cada especie viviente tiene en la creación su objeto fijo y determinado, que todos los seres están dotados de su organismo perfectamente adaptado á su objeto y que cada uno de ellos va al fin señalado por la sabiduría del Creador. Nace la planta para crecer, echar flores y dar fruto; nace el pez para nadar en las aguas, y el ave para volar en los aires, y el reptil para arrastrarse, y el cuadrúpedo para correr sobre la haz de la tierra (3). Todos han recibido organismos maravillosamente adaptados á su objeto, y nada hay mas grato á la verdadera ciencia que contemplar esas grandes leyes fisiológicas semejante á líneas armoniosas que revelan la hermosura del mundo viviente, y descubren la sabiduría de su Autor.

Tal es la teoría llamada de las *causas finales*, teoría secular, profesada en todo tiempo por los sábios dignos de este nombre, contenida en las revelaciones mosaicas, y propugnada por los filósofos cristianos contra la ciencia atea, contra esa pretendida ciencia que solo trabaja para en-

volver con un manto de tinieblas el mundo de los seres vivientes. Porque la fisiología anticristiana se puso un día á explicarnos el desarrollo de la vida como resultado de la mera casualidad ó de encuentros fortuitos. La teoría de las causas finales pudo pasar allá en la edad media cuando las inteligencias vegetaban en la ignorancia y el fanatismo, pero la ciencia se levanta como un sol esplendoroso, y rechaza la doctrina de las *causas finales* como ciencia escolástica, rancia y muerta. No hay ley fija en el desarrollo de la vida. Los seres vivos nacen, se desarrollan, y van á su objeto, obedeciendo ciegamente, totalmente á las *circunstancias* que son la causa generadora de todos los fenómenos, ó manifestaciones del mundo orgánico. «Las circunstancias crean las necesidades, estas los deseos, los deseos las facultades y, por último, las facultades los órganos.

Hé aquí á estos flamantes fisiológicos atribuyendo á las *circunstancias* y al dios *acaso* las maravillas del mundo viviente que niegan al verdadero Dios. Por no admitir verdades tan luminosas, misterios tan creíbles y razonables como el misterio de la vida, propuesto por la revelación y explicado por la ciencia católica,

3. P. Félix, Conferencias.

vienen á caer en absurdos inconcebibles, que humillan á la razón y á vergüenzan al espíritu humano.

Z. M.

Dar de comer al hambriento.

(Continuación.)

—Y bien, amigo mio, ¿le conviene á V. el trato? ¿Acepta? interrogó el Conde.

—¡Ah señor, creo no haber comprendido; bien creo haberme vuelto loco! Dígame usía. ¿Qué ha podido hacer esa criatura para merecer tanta y tan señalada merced?

—Dar de comer al hambriento.

—¡Ah!

—Pero no dar lo que sobra, que es todo lo mas que hacemos los que de buenos y caritativos nos preciamos, sino sacrificar su porvenir, su carrera, su felicidad, en fin, para socorrer una desgracia.

—¡Ay, yo nunca habia acabado de creer eso!

—Pues era verdad.

—Pero como quiera que sea, aquella era una familia misera, de un oscuro jornalero y...

—Y ¿no comprende V. qué tiene que ver conmigo? dijo el Conde completando su pensamiento.

—Justamente; porque algo he oido yo de Sociedades benéficas que ofrecen premios á la virtud, y aún cuando mi hijo se hubiese hecho acreedor á uno de ellos, serian á lo sumo unos miles de reales, pero lo que V. promete...

—Es poco para lo que se merece su hijo, y poquísimo para lo que yo espero alcanzar de él.

—¿Usia?

—Si.

—No comprendo.

—Va V. á comprender enseguida.

Yo soy padre, padre desdichado que de cuatro hijos varones que Dios me diera, he visto morir á tres al saludar la juventud: los tres han muerto de la misma enfermedad, producida en todos por idénticas causas; la dispacion y los vicios.

En vano procuraba enfrenarlos con mi amor y mi autoridad, en vano les obligaba á dedicarse al estudio, y á abrazar una carrera para que el amor al trabajo destruyera los frutos de la ociosidad; perversos amigos, ansiosos de explotartales y gozar á su costa, les hacían entender que eran ricos, que eran nobles y poderosos, y venia á ser injusta crueldad ó ridícula manía el someterles á los afanes y trabajos de una carrera, cuando su destino en el mundo era gozar. ¡Triste y pernicioso engaño, que uno en pos de otro pagaron con la vida.

Me quedaba el pequeño, mi Benjamín, mi gloria, mi único consuelo. ¡Ay! pero como si una horrible fatalidad pesara sobre mi familia, todos mis hijos parecían contajados del mismo mal. Rafael, que mi hijo se llama como el de Vds., aborrecia los libros mas aún que sus propios hermanos, y la sed de violentos y desenfrenados placeres ardía ya en su corazón, entrado apenas en la adolescencia. Era indudable que mi último hijo acabaría por despeñarse en el fatal abismo

donde los otros le precedieron. El primer año de Instituto se lo hicieron ganar los catedráticos porque era hijo mío. El segundo ya no hubo medio, no había misrado un libro en todo el curso. Tres años lo repetí inútilmente. Juzguen Vds. de mi dolor y desesperación.

Me aconsejaron que atenuara mis penas con la vista de otras, no sé si mayores que las mías, porque ni aún la vista de la miseria mas espantosa pudo consolarme de ellas. ¿De qué me servían mis riquezas si no podían dar la vida á mis hijos? ¡Darles la vida, qué digo! Sin duda que ellas eran la causa de que no hubiesen amado el trabajo y la virtud.

Entré en la Sociedad de San Vicente de Paul, que al poco tiempo me dispensó la inmerecida honra de nombrarme su presidente.

Un día me avisaron de una necesidad urgentísima; una familia que perecía de hambre, habiendo visto morir ya á uno de sus hijos. Corrí á la mísera y angustiada vivienda que la caridad y solicitud de los pobres, pero piadosos vecinos, había colmado de modestas dávidas. Entre ellas cautivaron mi atención unos libros lujosamente encuadernados. Tómélos en mis manos y leí con grata impresión, escrito en el lomo con dorados caracteres, el nombre de Rafael Bellaura.

Ya he dicho que Rafael se llama mi hijo.

Púseme á hojearlos, y creció mi gozo al ver eran los mismos que mi hijo cursaba, ó que debía cursar, mejor dicho, en el Instituto; los de segundo año. Era indudable que aquellos habían pertene-

cido á un buen estudiante. En sus hojas gastadas por el uso parecía aspirarse el fluido que allí dejara una mirada inteligente y afanosa, una voluntad firme y perseverante. Además, el solo hecho de entregarlos en aquella triste y solemne circunstancia lo decía. Ante la vista aflictiva y desgarradora de una desgracia inmensa, la idea del sacrificio es espontánea, en toda persona bien nacida, pero el pudor del alma impedirá siempre, y mas si de la juventud de suyo generosa se trata, ofrecer aquello que desestimamos por inútil y molesto.

Una fuerte corazonada, una de esas voces interiores que son siempre inspiraciones de lo alto, hizo que esperanzado y gozoso me apoderara de los libros á trueque de una moneda de oro que entregué al jefe de aquella desdichada familia.

Corrí á casa y los puse en manos de mi hijo.

Este celebró su encuadernación lujosa al par que elegante, se interesó por el niño que llevaba su nombre, y abriendo uno de los libros al azar, exclamó:

—Mira, papá, la lección de mañana.

Y se conoce, prosiguió, que ese niño llevaba las lecciones por adelantado, porque estas hojas están usadas y hay además notas en el margen.

Y sin embargo, añadió como un reproche á su propia conducta, este niño debe ser rico, mas rico que yo, puesto que tú, papá, no me compras libros tan lujosamente encuadernados.

(Continuará.)

AERORA LISTA.

BURGOS: Imp. CATÓLICA. Huerto del Rey, 13.